



# MANUEL RIBÉ LABARTA

## ESBOZO BIOGRÁFICO

por P. BOHIGAS TARRAGÓ



PUBLICADO CON MOTIVO DEL HOMENAJE  
POR LA COMISIÓN ORGANIZADORA DEL MISMO

JUNIO 1944



FU-9-5

ESBOZO BIOGRÁFICO





# MANUEL RIBÉ LABARTA

ESBOZO BIOGRÁFICO



PUBLICADO CON MOTIVO DEL HOMENAJE  
POR LA COMISIÓN ORGANIZADORA DEL MISMO

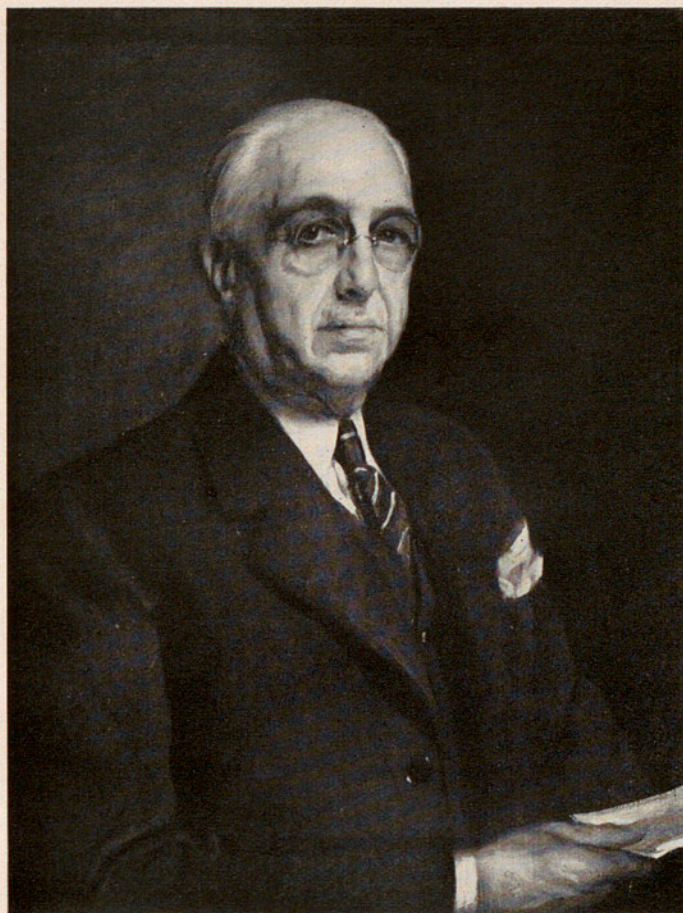


R. 8.672

JUNIO 1944

R 7032

Casa Provincial de Caridad : Imprenta-Escuela : Montalegre, 5 - Barcelona



ILTRE. SR. D. MANUEL RIBÉ LABARTA

(Retrato al óleo, obra del reputado artista Víctor Moya, ejecutado por encargo de la Comisión del Homenaje.)



# I

Don Manuel Ribé y Labarta nació en la casa n.º 3 de la calle de Arolas, de Barcelona, el domingo, día 16 de junio de 1878, que coincidió, aquel año, con la fiesta de la Santísima Trinidad, o sea de la advocación que primitivamente había tenido la iglesia de su parroquia.

Era su padre el probo y docto abogado don Ramón Ribé y Pedrol, de esclarecida fama en la sociedad barcelonesa de aquellos días, así como en el ámbito de su profesión, y su madre, la discreta señora doña Agustina Labarta y Grañé, hermana del famoso dibujante don Luis Labarta.

Fué bautizado el 24 del mismo mes de junio, en la Santa Iglesia Catedral, siendo padrinos don Agustín Sabaté Pedrol y doña Dolores Labarta Grañé.

El barrio en que nació pertenecía al núcleo más típicamente barcelonés de la ciudad, aun cuando en él se habían introducido ya reformas tan importantes como la construcción de la Plaza Real y el ensanchamiento de la de San Jaime; de modo que Ribé vió sus primeras luces en un ambiente apropiado a la exaltación de la personalidad de Barcelona.

Por esto mismo, su familia, arraigada en aquel ambiente, hubo de estar dotada de las sólidas virtudes y austeras costumbres que formaron la Barcelona memorable de aquellos tiempos.

En 1881, cuando Ribé no contaba más que tres años de edad, falleció su padre.

La herencia paterna era menos que modesta, y la viuda, parapetada en la sana moral de la época y de su formación familiar, supo, como

tantas heroicas mujeres de nuestro país, afrontar la situación con tal denuedo, que logró guiar y formar a sus cuatro hijos hasta dejarlos perfectamente dotados para la lucha por la vida con las armas invencibles del amor al trabajo.

Para esta obra tuvo, en cuanto a Manuel, que era el tercero, dos valiosos colaboradores: uno fué el cordial optimismo, la sana alegría, el espíritu expansivo con que Dios había dotado al vástago; otro, el ambiente de sosiego y de afanes reestructivos que dominó entre nosotros durante el último cuarto de siglo, o sea, precisamente, en los días de la infancia y la primera juventud de Ribé.

Por este temperamento suyo, mientras cursaba los estudios primarios, ya no podía desentenderse de la fiesta popular que todos los años celebraban los vecinos de su calle el día de San Jaime.

Y si al principio hubo de ser uno de tantos chiquillos de la vecindad que tomaban parte en aquellos festejos, a poco había de convertirse ya en el animador, el coordinador, el impulsador decisivo.

A los diez años, pues, Manuel Ribé ya se había ganado en la calle de Arolas la misma simpatía y la misma popularidad de que hoy disfruta en todos los sectores de la ciudad.

He aquí el germen del Ribé, que en nuestros días, y al amparo de las facilidades que hoy le ofrece su cargo oficial, se complace organizando las solemnidades, los bailes, las exposiciones, los desfiles, los concursos, las recepciones y todas las fiestas que dan lustre y brillo a Barcelona.

## II

A los quince años, terminados ya sus estudios secundarios e ingresado como dependiente en el escritorio de una casa de comercio italiana, las dotes personales de Ribé se aplicaron en una nueva esfera.

Ante todo, en el propio despacho donde trabajaba.

Allí tuvo siempre para todos sus compañeros la cordialidad, la frase amable, el acto generoso que tanto le han distinguido en todas las épocas de su vida; y mantuvo constantemente ante los jefes esa lealtad exenta de servilismo que sólo es posible cuando se tiene un justo sentido del deber, y para los clientes, una amabilidad señorial, correcta y cordial.

De tal modo coincidieron allí la admiración y la estimación de todos para el modesto dependiente, que el clima formado a su alrededor, dentro los límites del escritorio y en la esfera de una actividad comercial, fué ya la anticipación perfecta del que hoy aureola su figura.

En 1898 la casa fué sucedida por otra, cuya matriz radicaba también en Italia, y con los antecedentes que quedan expuestos, no hay que decir que el simpático e inteligente contable, después de haber sido presentado con todos los pronunciamientos, ingresó a la segunda, en la que fué pronto elevado, por sus cualidades y aptitudes, al cargo de apoderado.

Aquí hubo de repetirse el éxito anterior; compañeros, jefes y clientes se disputaban la amistad de aquel espíritu abierto a todas las esperanzas, de aquel impertérrito contemplador del lado bueno que Dios puso en todas las cosas del mundo.

Y así como en sus días de estudiante compartió, con el deber que

le imponían los libros, la pintoresca algazara de las fiestas de su vetusta calleja, en su despacho comercial se desvivía por los negocios que le estaban confiados, se afanaba por reunir todas las técnicas y todas las informaciones que podían consolidar su capacidad mercantil, hasta el extremo de aprender en poco tiempo a la perfección el idioma del país a que la casa pertenecía, pero al mismo tiempo atinaba a diario con la oportunidad del banquete fraternal, de la excursión recreativa o de la tertulia amigable, llegando hasta a ser el alma de los bailes de máscara de la colonia italiana, que todos los años se celebraban el martes de Carnaval en el Teatro Principal, primero, y en el del Liceo, después, y que por su esplendor llegaron a constituir uno de los actos más resonantes del ya desaparecido Carnaval barcelonés.

Esa fué indudablemente la primera actuación de Ribé para ensalzar la ciudad ante los extranjeros.

Vivíase todavía en la corriente de pacificación que se había iniciado con la proclamación de Alfonso XII, afianzado con la política de la regencia y consagrado con el gran alcalde Rius y Taulet y su Exposición de 1888.

Y estas condiciones resultaban fecundamente propicias a esas actividades del gran enamorado de su ciudad natal y a los actos que, dentro de sus posibilidades de simple ciudadano particular, podía llevar a cabo para demostrar que en Barcelona la vida era agradable y placentera.

### III

Al final de la centuria cambiaron rotundamente las circunstancias, y la confiada alegría de aquel inolvidable período fué sofocada por un oleaje de pesimismo y desesperación.

Ribé, en la flor de la vida, en el auge de sus sentimientos y de sus energías, no pudo creer entonces, puesto que nunca lo había creído, que España no tuviera vigor propio y que, por ejemplo, una de sus más bellas ciudades, Barcelona, no pudiese enfrentarse dignamente con las que gozaban de mayor fama en Europa.

Fué, como siempre, optimista y un convencido del porvenir espléndido que nos aguardaba, a condición de que todos apreciáramos con amor de hijos los grandes valores de nuestra Patria y nos dispusiéramos a proclamarlos con legítimo orgullo por todas partes y a conservarlos y consolidarlos con decidido empeño.

Pero hasta los que así opinaban dividíanse en grupos, cuyas banderas cruzaban denodadamente sus puntas enhiestas de combate ; y Ribé, alzando los ojos a la ciudad querida, intentaba abrir un sendero de concordia señalando coincidencias, denunciando la exageración de las discrepancias y suavizando, con la ironía y el buen gusto de la tolerancia, el encono de las banderías.

En aquellos días, Ribé, en el ámbito de las innúmeras e íntimas amistades, propias de la edad, brilló no sólo por sus grandes cualidades morales, sino por sus extraordinarias facultades físicas.

Entre éstas brillaron singularmente las de actor.

Actuó en diversas ocasiones como aficionado, y logró siempre el entusiasmo cordial del público.

Tenía y conservó hasta nuestros días una facilidad pasmosa para imitar a los actores célebres.

Era motivo de unánime admiración ver la fidelidad con que reproducía la voz y el gesto de artistas como Zacconi, Garavaglia y Borrás.

El mismo resultado lograba imitando a los más conocidos oradores políticos de la época, de los que no sólo reproducía con sorprendente exactitud la voz y el gesto, sino incluso el léxico y hasta las frases que caracterizaban la oratoria de cada uno de ellos.

Poseyendo una magnífica voz de barítono, deleitaba a los amigos en reuniones y sesiones íntimas, interpretando piezas musicales con innegable afinación y buen gusto.

Por su afición al canto, fué gran amigo de Miguel Fleta, hermano de uno de sus subordinados, y le favoreció considerablemente en los días de su formación artística, así como en los primeros pasos de su carrera.

Aun cuando parezca una incongruencia, de aquella heroica y sensata posición ante las luchas políticas de la época juvenil de Ribé, salió una de sus obras más importante: la Sociedad de Atracción de Forasteros, fundada en 1908.

En efecto, cualquiera que fuese el trámite concreto que se siguió para su formalización material, la benemérita Atracción fué desde su comienzo hasta su fin el mismo grito de unión que Ribé había levantado antes.

Desde su fundación fué conducida por personalidades de todas las tendencias políticas, unidas, sin embargo, por su fe en la ciudad y su entusiasmo por las riquezas morales y materiales que atesora, y que Ribé mantuvo siempre con más apasionamiento, si cabe, que sus colegas.

Había que verles a todos ellos, pero a nuestro biografiado en primer lugar, puesto que, en realidad, fué siempre el nervio de la corporación, cómo seguían reuniéndose y acordaban la publicación de nuevos impresos de propaganda y propulsaban la celebración de festejos públicos y mandaban al extranjero noticias sobre los atractivos que ofrecían nuestros jardines, nuestros teatros, nuestros museos, nuestros restaurantes de lujo y nuestros centros de diversión o deporte, pocos minutos después de haber estallado una bomba anarquista en la Rambla o haberse disparado el arma homicida en un episodio de las brutales luchas sociales que a diario ensangrentaban las calles de Barcelona.

Ribé, a través de los veintiocho años de vida de la Sociedad, sentía

por esa actividad propagandística un interés que, en cierto sentido, podría tacharse de egoísta.

Todo lo que en este orden se hacía era para él algo propio, como si el prestigio y el auge y el crecimiento de Barcelona hubiese de redundar en su provecho particular, por lo que la aparición y la difusión de cada uno de los elementos impresos de propaganda que sin descanso iba editando la benemérita entidad, era para él una profunda alegría y una gran satisfacción.

A la inteligencia de quienes colaboraron en la confección de esos materiales — artistas, escritores y funcionarios técnicos de la Sociedad —, se debe, claro está, la calidad de los carteles, los folletos, las guías y las publicaciones todas que de allí salieron para esparcir por todo el mundo las excelencias de la gran metrópoli mediterránea, pero al buen gusto con que fueron confeccionados, al interés innegable de su contenido, especialmente por lo que se refiere a las monografías históricas y a la revista mensual *Barcelona-Atracción*, influyó de un modo decisivo esa atención cordial y apasionada de Ribé, que no cesaba ni un solo momento de idear nuevas ediciones, de enmendar errores, de perfeccionar aciertos y, sobre todo, de hacer que aquellas colaboraciones intelectuales resultaran fructíferas para el esplendor y el buen nombre de Barcelona.

#### IV

Al mismo espíritu de amor a la ciudad, que había provocado la creación de la Atracción de Forasteros, y del cual Ribé había participado en tales proporciones, se debe la creación de la Guardia Urbana.

Se trataba de dotar con ella a la moderna Barcelona, la ciudad cada día más cosmopolita y vibrante, de la que nosotros mismos cantábamos sus excelencias para que nos oyeran desde el otro lado de las fronteras, de unos servidores solícitos, atentos, correctos, guías amables del forastero, que en todo momento y en cualquier lugar le indicaran las bellezas de la ciudad y le demostraran que la cortesía que nos atribuyó Cervantes no era solamente una frase cortés del gran escritor.

Semejante misión encomendada a hombres de condición modesta, como no podía ser de menos, sólo cabía verla realizada en su plenitud bajo la dirección de un hombre que, estando firmemente convencido de esa obra, tuviera al mismo tiempo condiciones personales apropiadas para influir directamente sobre ellos y mantenerles en el difícil papel que se les asignaba.

Como es de ley, se convocaron unas oposiciones libres, y se practicaron luego los consiguientes ejercicios; y al fin, en méritos de todo ello, el Tribunal formuló por unanimidad propuesta a favor de don Manuel Ribé Labarta, que fué aceptada, también por unanimidad, por el Ayuntamiento en su sesión del 6 de abril de 1909.

Se hizo todo esto, según decimos, como era de ley, pero lo cierto es que, al concebirse la idea de la Guardia Urbana con las directrices que quedan indicadas, ya se había visto que Ribé era el único hombre a quien debía confiarse el cargo; de forma que, pocas veces como en

ésta, habrán coincidido tan exactamente las bases inevitablemente frías y objetivas de un concurso oficial con la complejidad viva de un hecho real.

En primer lugar, Ribé se posesionó del cargo convencido, no de que iba a cumplir un deber oficial, sino de que podría dar desde ese sitio más amplia satisfacción a sus ideales de amor a la ciudad.

Gracias a su constante afán para que la Guardia Urbana cada día fuese un elemento más eficazmente servidor de las necesidades de la ciudad y de que respondiera más fielmente al espíritu que le dió vida, ha logrado que el servicio se ampliara, se perfeccionara y extendiera sus actividades.

Así, la antigua Guardia Municipal, reorganizada bajo su dictado, formó la Sección de Vigilancia del Tráfico, y éste fué regularizado, más tarde, siguiendo las normas formuladas por Ribé, con las señales luminosas que tantos daños han evitado y tanto han influído en el aspecto moderno de la ciudad.

Ello sin contar la cantidad y la calidad de los innumerables servicios que la Guardia presta normalmente a diario bajo la inspiración directa de su Jefe, y entre los cuales se cuentan un número crecidísimo de actos meritorios, cuya relación reclamaría largo espacio.

El contacto directo con la vida de la ciudad y la atención seguida para los problemas que se presentan a cada momento, puede sostenerlo Ribé por el criterio con que ejerce el cargo, pero tiene su principal sustentáculo en las cualidades morales que le adornan.

Gracias a ellas cumple sus deberes de funcionario con la convicción de que ha de servir a todos los ciudadanos de Barcelona, cualquiera que sea su clase y condición.

Los humildes y menesterosos siempre han hallado abiertas de par en par las puertas de su despacho, y tras ellas la protección y la palabra reparadora; los encumbrados han podido contar con el servicio de la noble lealtad a que se haya creído obligado.

Además, no es hombre para tomar actitudes que puedan afectar disparidad, discrepancia u oposición, y, sin embargo, por su carácter logra siempre lo que quiere y consigue modificar la opinión y la actitud de quien anduvo equivocado.

Es que su discreción, su corrección, llevan en sí un poder de atracción bastante fuerte para hacer que sus aspiraciones, siempre elevadas y desinteresadas, y su criterio, siempre ajustado a la verdad y al buen sentido, se abran el camino a que tienen derecho.

Así, es de ver como el prestigio de su personalidad, la popularidad de que puede legítimamente enorgullecerse, se extienden, como en pocos casos, por todas las capas sociales de Barcelona con la misma intensidad y el mismo fervor.

Y no digamos del afecto de que ha disfrutado siempre entre sus subordinados.

Recuérdase que en los primeros tiempos de la Guardia Urbana subsistió con ella, hasta 1921, la antigua Guardia Municipal, la cual, a pesar de una clara delimitación oficial de funciones, era natural que, hasta cierto punto, se sintiera molestanda por la creación del nuevo Cuerpo que mandaba Ribé.

Pues bien, Ribé mantuvo siempre la coexistencia de las dos Guardias en completa y absoluta armonía, sin conflicto de ninguna clase, y muy especialmente con el Jefe de la primera, el bueno de don Cruz Mendiola, que era la viva personificación del viejo Cuerpo armado del Ayuntamiento.

A poco de haberse posesionado de la Jefatura de la Guardia Urbana, Ribé hubo de enfrentarse con una alteración de la vida pública tan considerable como la ocurrida durante la última semana de julio de 1909.

La situación era difícil porque en ella jugaban partidos políticos opuestos, cada uno de los cuales tenía su representación en el Cabildo municipal, del que Ribé era funcionario.

Ribé, a pesar de la escasa experiencia de las funciones oficiales que le correspondían, no sólo logró amortiguar sensiblemente los daños que hubo de sufrir Barcelona, sino acreditar su caballerosa ecuanimidad y fundamentar el prestigio de la institución que estaba a sus órdenes.

Ya en los tiempos en que la Sociedad de Atracción de Forasteros tenía la patriótica voluntad de poner buena cara al mal tiempo y de ocultar, con el ruido de la propaganda, la miseria de las dolencias que entonces padecíamos, Ribé no creía que con esto se había hecho todo, y se encaraba con el dolor y se acercaba a él para mitigar las penas y enjugar las lágrimas.

Pues bien, ante los sucesos de 1909 hubo de continuar esta actuación en mayor escala porque se hallaba, además, en mejores condiciones para hacerlo.

Entonces y después, gracias a sus desvelos, la ciudad estuvo siempre al lado de todas las víctimas, y aun en algunas ocasiones promovió por propia iniciativa subscripciones y funciones benéficas, que vinieron a

remediar, en parte, los dramas que aquellas circunstancias deparaban a familias obreras o de pobre condición económica.

Cuando Barcelona sufrió, en 1914, los estragos de una epidemia de tifus, Ribé, preocupado como siempre por la suerte de la ciudad, prescindió del límite que el Reglamento fija a su cargo y emprendió la formación de una estadística, que fué la base de las soluciones adoptadas para estrangular la propagación de la enfermedad.

En 1918, afligida Barcelona por una epidemia de gripe, Ribé, con su invariable actividad, hizo posible la eficacia de la meritísima obra que, para remediar la situación, acometió la Sociedad Económica de Amigos del País.

Pompeyo Gener, el destacado escritor que tanto brilló en una época característica de nuestra ciudad, al llegar a los últimos años de su vida, achacoso, solo y necesitado, halló en Ribé el único sostén que le salvó de la miseria y le proporcionó cuantos cuidados requería su estado hasta la hora de la muerte.

Entonces, el que había sido empedernido bohemio, que tenía para cada momento la frase pintoresca y el comentario agudo, pasó el resto de su vida en una exaltada alabanza del espíritu noble y caritativo que le amparaba.

## V

Hasta 1916, los servicios de Ceremonial estuvieron a cargo de una modesta oficina de Mayordomía; su actuación se limitaba a lo estrictamente material, sin la debida atención del protocolo y sin cuidar de las formas y manifestaciones exteriores de los actos públicos de la Corporación.

Sin embargo, en esas fechas, el desarrollo de la ciudad y la importancia que, por lo tanto, había adquirido el Ayuntamiento, ya dejaban demostrada la necesidad de dar mayor categoría y el debido realce público a aquellos actos.

Se había visto que no bastaba con proporcionar en cada caso los elementos materiales necesarios para el cumplimiento de un determinado acuerdo del Ayuntamiento, sino que era preciso cumplir debidamente, en cada ocasión, los deberes de cortesía que ante propios y extraños incumben a la Corporación, y cumplirlos, además, en la forma que el rigor del protocolo exige y el prestigio de la ciudad reclama.

Y hemos nuevamente con la mirada fija en el hombre que podía garantizar el acierto en tan delicadas funciones.

Creóse, pues, en dicho año, la Sección de Ceremonial, confiándose su dirección al Jefe de la Guardia Urbana.

La eficacia de esta decisión está demostrada recordando la dignidad y el decoro que desde entonces ha ostentado la representación municipal de Barcelona ante todas las del extranjero y el tono que han adquirido todas las manifestaciones colectivas de la vida barcelonesa.

Podría hacerse una brillante antología de los elogios y los testimonios de gracias que han enviado al Ayuntamiento las innumerables

personalidades que, en misión oficial o cultural, han visitado nuestra ciudad, por las atenciones de que han sido objeto y la hospitalidad que se les ha dispensado.

Forman una colección curiosa las consultas de distintas ciudades de España y del extranjero que se han formulado a nuestro Jefe de Ceremonial sobre asuntos dudosos en la materia.

La satisfacción de los honorables señores cónsules de todos los países por las deferencias que se han tenido con ellos y por las facilidades que se han dado para el cumplimiento de su misión, basta por sí sola a labrar el renombre de una capital como la nuestra, y constituye uno de los más preciados servicios que don Manuel Ribé ha prestado a Barcelona.

Lo mismo ocurre con los elementos oficiales de tantos países a donde Ribé, en funciones de su cargo, ha acudido acompañando a delegaciones municipales de la ciudad u ostentando su representación.

En Alemania, Francia, Italia, Portugal y el Vaticano se guarda el más grato recuerdo del exquisito trato, la aptitud y la capacidad con que Ribé ha conducido la presencia y las relaciones de estas delegaciones ante Papas, Reyes y Jefes de Gobierno, y este recuerdo, a pesar de ser básicamente personal, queda allí fundido con el de nuestra ciudad, puesto que el acierto de tal gestión fué siempre una honra para Barcelona.

Y no hay que decir que otro tanto ha ocurrido en varias capitales españolas que visitó en misión semejante, y en muchas de las cuales hubo de acuciar más especialmente sus consabidas dotes personales para solucionar a satisfacción de todos los múltiples conflictos que la suspicacia y el celo excesivo acostumbran a provocar.

S. M. el Rey Don Alfonso XIII, en ocasión de una de sus estancias en Barcelona, percatóse de tal modo de la importancia de las funciones de Ribé y del sumo acierto con que las ejercía, que le expresó muy pronto su más franca simpatía, otorgándole por decisión espontánea el cargo de gentilhombre.

Puesto que las cuestiones de ceremonial resultan genéricamente enlazadas con los festejos públicos, a Ribé le ha bastado ese parentesco para entender que debía resucitar las antiguas fiestas populares; que debía sostener la típica tradición del Carnaval; que debía procurar el máximo lucimiento de las procesiones y demás fiestas religiosas enraizadas con la historia de Barcelona; que debía fertilizar la celebración de concursos y exposiciones de resonancia internacional, como las

de Bellas Artes, del Automóvil, el Salón de la Moda y la Feria de Muestras, y, sobre todo, la trascendental Exposición Internacional de 1929.

Y si estas y las demás manifestaciones de tal género celebradas durante este tiempo han logrado los éxitos que todos recordamos, hay que decir que una buena parte de tan halagüeño resultado se debe al esfuerzo, al interés, al afán barcelonista, por decirlo así, que ha guiado las intervenciones que en ellas ha tenido nuestro biografiado.

Finalmente, hay que recordar el trabajo de perenne atención a las cosas de cada día y de cada minuto, que no se perciben directamente ni siquiera quedan registradas, y que, sin embargo, gracias a esa vigilancia constante, se resuelven satisfactoriamente ya antes de que se planteen.

¡Qué de conflictos y errores y fracasos habría que lamentar si Ribé no hubiese estado ojo avizor para prevenirlos y evitarlos!

## VI

Ya hemos dicho que Ribé no es hombre para limitar la expresión de su amor a Barcelona en la reducida esfera de sus funciones estrictamente oficiales.

En 1915, ante las perturbaciones económicas acarreadas por la guerra, se prohibió la exportación de determinadas verduras a Francia e Inglaterra. La medida fué tomada con el buen propósito de que se abarataran en el mercado de Barcelona los precios de estos artículos alimenticios.

La realidad, que no siempre anda acorde con lo que se hace en las esferas oficiales, no sólo dejó de responder a lo que se deseaba, sino que vino a complicar la situación con visos de altercado público.

Ribé salió entonces por los fueros de aquel contacto directo con la realidad, por los derechos de aquel sentido práctico de que siempre fué devoto, y se le encargó estudiar y solucionar el conflicto por arbitrio propio.

Ribé aseguró la existencia en los mercados de la cantidad de aquellos artículos necesaria para el consumo, al precio que había fijado la autoridad, y concedió después los permisos de exportación que se solicitaban.

Por este procedimiento se consiguió el efecto que la disposición oficial había pretendido inútilmente; el consumo fué abastecido al precio conveniente, y el agricultor vió salvados sus intereses y legales ganancias; con la particularidad de que, además, demostraron su beneplácito tanto los vendedores como los consumidores.

A poco se produjo otro conflicto de carestía, dimanado igualmente de la guerra de 1914-18.

Se cernía sobre la ciudad la posibilidad de la falta de combustible por haber disminuído enormemente los arribos de carbón vegetal.

El peligro no se conjuraba, y las dificultades se iniciaban.

La experiencia de lo que había sucedido con las verduras hizo que se volviera a recurrir al sentido de la realidad de Ribé.

Y Ribé, por sí solo, sin mecanismos burocráticos ni órdenes rectilíneas, resolvió el caso por el simple procedimiento de buscar dónde se hallaban el carbón y los medios de transporte, y ponerlos en movimiento para que abastecieran el mercado de Barcelona.

Y luego, otra vez la intervención salvadora de nuestro hombre.

Para evitar una nueva infección de las aguas de Moncada, causante de la epidemia que asoló la ciudad en 1914, fué necesario cambiar las tuberías de conducción.

Éstas se fabricaron en Asturias, y cuando estuvieron a punto para entregar, por dificultades de transporte a consecuencia de la guerra no había medio de que llegaran a Barcelona. Las tuberías no salían de la fábrica, y aquí continuaba discurriendo el agua por los antiguos tubos, con todo género de filtraciones.

Ribé fué designado por el Ayuntamiento, sin ningún título técnico, con plenos poderes para traer aquellos tubos a Barcelona y liquidar de una vez la situación.

Ribé se fué a Asturias, y allí hizo lo que tantas veces: ponerse en contacto directo con los fabricantes, las autoridades, los navieros, remover eficazmente todo lo que fuese necesario, especialmente en el ramo de transporte, que era el más difícil, y al cabo de poco tiempo la tubería se hallaba en Barcelona.

Y aun otra intervención del mismo género.

También a causa de las mismas circunstancias, no llegaba a Barcelona el ganado de Galicia, que el mercado barcelonés había recibido siempre y que necesitaba para su consumo.

Tampoco había manera de que las gestiones oficiales encaminadas a la solución del conflicto surtieran su efecto.

Ribé fué a Galicia, puso otra vez en juego sus cualidades personales, es decir, lo que tiene muchas veces más eficacia que los recursos de la autoridad, y logró de tal manera lo que se proponía, que incluso llegó a beneficiarse de ello el mercado de Madrid.

El Ministro de Abastecimientos, en el Congreso, hizo constar el «acierto y la capacidad del funcionario del Ayuntamiento de Barcelona.

que ha encauzado y resuelto el problema de la posible salida del ganado de Galicia hacia el resto de España, con beneficio para todos».

He aquí las condecoraciones que, en distintas fechas, le han sido otorgadas : Encomiendas de la Real Orden de Isabel la Católica y del Mérito Civil, Cruz de la Orden del Mérito del Aguila Alemana, Gran Oficial de la Orden de Nichau Iltikhar, Oficial de la Legión de Honor, Oficial de Instrucción Pública de Francia, Comendador de la Real Orden de la Corona de Italia, Oficial de la Orden de San Mauricio y San Lázaro (Italia), Oficial de la Orden de la Estrella Polar, de Suecia ; Medalla de Oro de la Cruz Roja Española, Medalla de Plata de Ultramar y Medalla de Plata de la Ciudad de Marsella.

Añádese a ellas el sinnúmero de oficios y cartas de agradecimiento que ha recibido, a través de su larga y gloriosa actuación, de Almirantes, Ministros, Embajadores, Corporaciones oficiales, económicas y científicas, etc., etc.

Merecen especial mención la fotografía y autógrafo que le dedicó Guillermo Marconi, con el cual mantuvo correspondencia.

Por último, Ribé ha rendido su tributo a las letras.

Hay en su haber literario la serie de trabajos, casi siempre sin firma, que en diversas publicaciones, pero más especialmente en las de la Sociedad de Atracción de Forasteros, escribió para encomiar las excelencias de Barcelona.

Y a ellos deben sumarse, por fin, los que en estos días está publicando en el *Diario de Barcelona*, evocando interesantes momentos de la historia de su querida ciudad.

No quedarían anotados los rasgos más importantes de la ilustre personalidad que motiva estas líneas, si no le recordáramos en el seno de la familia y la intimidad del hogar.

Por su propio carácter, no puede ser más que un esposo amante y fiel, un padre ejemplar y, desde ha poco tiempo, un abuelo enternecido y cariñoso ; pero esos sentimientos son extraordinariamente acentuados en Ribé porque tiene sensibilidad suficiente para sentir y gozar las delicias del remanso familiar, y, además, porque el constante contacto social de su cargo le hace apetecer por natural contraste el sosiego de la casa y la familia, donde le aguardan cada día el cariño de la dulce esposa, después de la laboriosa jornada.

\* \* \*

Ahora bien, un hombre de esta contextura moral no podía ser utilizado en ningún sentido para las masas que en Barcelona, después del Alzamiento de 18 de julio de 1936, se lanzaron, sin freno de ninguna clase, a tantas violencias.

Y resulta natural que fuese desposeído del cargo, perseguido y, al final, obligado a salvar la vida pasando la frontera para refugiarse en la España Nacional.

Sin embargo, en los momentos angustiosos de la huída y en las largas horas de la expatriación, el viejo prestigio revivió con toda su fuerza : innúmeras manos amigas se abrieron, incluso de entre las filas de sus perseguidores, para salvarle de entre las olas encrespadas, y auxilios y amparos cordiales surgieron de todas partes para hacer llevaderas la nostalgia de la Patria y las penurias de la guerra y del abandono forzado del hogar.

Cuando penetró en la España de Franco halló por todas partes amigos, compatriotas y extranjeros que no le abandonaron. La Embajada de Italia le acogió en forma de la que Ribé guarda un imborrable recuerdo.

\* \* \*

La última hoja, hasta el momento actual, de la vida de don Manuel Ribé y Labarta se contrae al centenario de la fundación de la Guardia de la Ciudad, antecedente de la Urbana, celebrado el 26 de noviembre del año anterior.

Con este motivo tuvieron lugar una serie de actos públicos que vienen consignados en el libro que al efecto publicó el Ayuntamiento, confeccionado por Ribé, y que la prensa diaria relacionó cumplidamente.

Con este motivo la Corporación municipal acordó conceder a Ribé la Medalla de Plata de la Ciudad.

Todas las demás condecoraciones deben tener, por sí mismas, una categoría superior ; pero Ribé habrá recibido ésta como el beso de una madre.

Sus conciudadanos han ratificado la distinción oficial con el voto de sus rúbricas, estampadas en el artístico álbum que hoy le será ofrendado.

Una vez más, el corazón de la ciudad, como en tantos momentos de la vida del homenajeado, palpita con el calor de la sangre junto a las altas representaciones oficiales.





DIPUTACIÓN PROVINCIAL  
DE BARCELONA

BIBLIOTECA POPULAR  
DEL DISTRITO IX

---

Reg. 7032  
Sig. 92(46.71 Bar)  
(Rib) Bob.

FU-9-5

Casa Provincial de Caridad  
Imprenta - Escuela